

LA TEORÍA CRÍTICA DE HERBERT MARCUSE: LÍMITES Y POSIBILIDADES DE LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL RADICAL EN EL CAPITALISMO AVANZADO Y MÁS ALLÁ

The Critical Theory of Herbert Marcuse: Limits and Possibilities of Radical Social Transformation in Advanced Capitalism and Beyond

PABLO IGNACIO JIMÉNEZ CEA*

pablo.jcea@gmail.com

Fecha de recepción: 18/12/2024

Fecha de aceptación: 14/08/2025

RESUMEN

El siguiente artículo constituye una aproximación crítica a la perspectiva de Herbert Marcuse sobre los límites y las posibilidades para la transformación social radical en el capitalismo avanzado y más allá. Al exponer su concepto de las transformaciones objetivas propias de la sociedad industrial avanzada y su tendencia a constituir lo que denomina una sociedad unidimensional, evidenciaré los impasses de su perspectiva y desarrollaré el momento de crítica inmanente contenido en su teoría. En este sentido, analizaré el concepto de Marcuse sobre la nueva cualidad de la revuelta social que emerge en la década de 1960 y el desarrollo de una contrarrevolución preventiva global como condición de la perpetuación de la sociedad capitalista avanzada en una fase ulterior de su desarrollo, transformación que señala un creciente bloqueo al cambio social cualitativo como resultado y condición de posibilidad de la dinámica intrínseca del capitalismo avanzado. Al proceder de esta manera, espero dar cuenta del importante momento de verdad de la teoría crítica de Marcuse, pero desarrollándolo en el sentido de una crítica inmanente que fundamente las posibilidades y los límites para la transformación social radical no en un antagonismo entre Eros y una civilización represiva, sino en las propias contradicciones de la sociedad del capital y la dialéctica intrínseca del capitalismo desarrollado.

Palabras clave: Marcuse, capitalismo avanzado, límites, transformación radical, crítica inmanente.

* Instituto de Ciencia Sociales y Humanidades. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla - México.

ABSTRACT

The following paper constitutes a critical approach to Herbert Marcuse's perspective on the limits and possibilities for radical social transformation in advanced capitalism and beyond. In expounding his concept of the objective transformations characteristic of advanced industrial society and its tendency to constitute what he calls a one-dimensional society, I will highlight the impasses of his perspective and develop the moment of immanent critique contained in his theory. In this regard, I will analyze Marcuse's concept of the new quality of social revolt emerging in the 1960s and the development of a global preemptive counterrevolution as a condition of the perpetuation of advanced capitalist society in a further phase of its development, a transformation that signals a growing blockage to qualitative social change as a result and condition of possibility of the intrinsic dynamics of advanced capitalism. In proceeding in this way, I hope to account for the important moment of truth of Marcuse's critical theory, but to develop it in the sense of an immanent critique that grounds the possibilities and limits for radical social transformation not in an antagonism between Eros and a repressive civilization, but in the very contradictions of the society of capital and the intrinsic dialectic of developed capitalism.

Key words: Marcuse, Advanced Capitalism, Limits, Radical Transformation, Immanent Critique.

INTRODUCCIÓN

En la introducción a la primera edición de *El hombre unidimensional*, Marcuse (2002: xxxix) advertía que la amenaza de la catástrofe atómica sirve para proteger las mismas fuerzas sociales e históricas que perpetúan ese peligro para la especie humana y la vida terráquea en su totalidad. Más de medio siglo después de la publicación del estudio de Marcuse sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada, la civilización capitalista se encuentra en un camino acelerado hacia la catástrofe marcado por continuas escaladas bélicas que indican la proximidad potencial de un conflicto global abierto entre los neoimperialismos capitalistas de Oriente y Occidente – conflicto que, de hecho, es ya una guerra prácticamente declarada entre Rusia y la OTAN en Ucrania–.

Precisamente, mientras se escribía este artículo, en un espacio de unos pocos meses se consolidó el ascenso de Donald Trump al máximo poder de Estados Unidos, se emprendió una verdadera cacería humana dentro de un marco legal perfectamente democrático, se consolidó la aceleración de la escalada bélica en Ucrania y el desarrollo continuo de nuevas armas de exterminio –especialmente en lo que respecta a

las continuas innovaciones asesinas para el uso en la guerra de drones—, el régimen de Al Assad se desmoronó bajo el asedio de fuerzas yihadistas y el mundo contempló con asombro la escalada bélica entre Israel e Irán que se zanjó con el bombardeo de su proyecto nuclear con municiones GBU-57 A/B lanzadas por aviones furtivos B-2 estadounidenses. Todo esto ocurría, además, mientras en Gaza el Estado de Israel realiza un genocidio de la población palestina que combina el uso de las fuerzas técnicas más avanzadas del capitalismo contemporáneo con el empleo del hambre como arma de guerra. Bajo estas condiciones históricamente dadas, la teoría crítica de Marcuse conserva un momento de vigencia insoslayable, puesto que su teoría señala el capitalismo avanzado y su desarrollo ulterior como el punto de apertura de una nueva fase histórica de la civilización capitalista en la que las posibilidades de transformación social emancipatoria no sólo son crecientemente integradas y neutralizadas por la propia dinámica intrínseca del sistema, sino que también son reprimidas por la amenaza de la catástrofe completa. El universo abierto por Auschwitz, Buchenwald e Hiroshima, decía Marcuse (2001a: 92), continúa en Vietnam. Ciertamente hoy continúa, bajo nuevas formas de terror y en nuevas condiciones sociohistóricas, en Gaza.

En este contexto histórico de crisis social y ecológica del capitalismo, crisis en el que las potencias neoimperialistas se preparan abiertamente para la guerra total, una teoría crítica reactualizada requiere comprender y retomar el contenido de verdad, de genuina crítica inmanente, de Marcuse y, a su vez, ampliarlo y profundizarlo. La teoría crítica de Marcuse, basada en un antagonismo entre Eros y una civilización represiva, sitúa las posibilidades de emancipación a partir de una subjetividad antagónica que en último término responde a determinaciones antropológicas, no a las contradicciones intrínsecas de la sociedad del capital (García Vela, 2023a: 133). Esta perspectiva, aunque poderosa para explorar la alienación y represión propias del capitalismo desarrollado, tiende necesariamente a convertir el problema de la transformación social radical en una cuestión de subjetividad antagónica o, incluso, de una dimensión biológica de la emancipación posible (Marcuse, 1969: 15-29) —empero, esta cuestión tiene un momento de verdad que es necesario desarrollar y que no puede ser escamoteado—. La consecuencia necesaria de este enfoque es, como veremos, la tendencia hacia el voluntarismo político y el subjetivismo teórico, consecuencias que contradicen las aspiraciones emancipatorias de la teoría crítica de Marcuse.

Por consiguiente, para retomar críticamente ese contenido de verdad de la teoría de Marcuse, a lo largo de este artículo desarrollaré su perspectiva sobre los bloqueos a la transformación social radical en el capitalismo avanzado y su desarrollo histórico ulterior, evidenciando al mismo tiempo las aporías que son constitutivas de su particular enfoque teórico. Procediendo de esta manera, quiero llevar ese contenido de verdad hacia el terreno de una crítica inmanente que vincule la emancipación social no con un fundamento antropológico, sino con las contradicciones reales propias de las relaciones sociales capitalistas. De esta manera, buscaré desarrollar el momento de crítica inmanente propio de la teoría de Marcuse, señalando los puntos en la que esta es capaz de tender a iluminar tanto los límites como las posibilidades para la transformación social radical en el capitalismo avanzado y más allá.

Antes de comenzar el análisis en cuestión, conviene aclarar aquí que en este artículo no me dedicaré a “corregir” a Marcuse con lo desarrollado por otras ramas de la teoría crítica de la sociedad entendida en su sentido más amplio. Más bien, al desarrollar el momento de crítica inmanente de Marcuse abordaré sus potenciales resonancias con algunas de las llamadas nuevas interpretaciones de Marx, en particular con Moishe Postone. En este sentido, mi interés radica en seguir la senda apuntada por García Vela (2023a) en la que señala la necesidad de una crítica inmanente al propio Marcuse y, de esta manera, abordar las repercusiones de su enfoque para una teoría crítica reactualizada de la sociedad capitalista contemporánea. Es decir, desde el análisis del propio Marcuse extraeré las aporías constitutivas de su teoría crítica de la sociedad, evidenciando el carácter necesario de esas aporías en cuanto expresión de tendencias propias del pensamiento moderno¹.

1 EL ANTAGONISMO ENTRE EROS Y CIVILIZACIÓN REPRESIVA COMO FUNDAMENTO DE LA TEORÍA CRÍTICA DE MARCUSE

Marcuse desarrollará una importante crítica del capitalismo avanzado y de las restricciones que esta nueva fase histórica de la civilización capitalista impone a las posibilidades de transformación social radical que se desarrollan en su interior. No obstante, comprender el análisis de Marcuse sobre el capitalismo avanzado requiere una aprehensión crítica de algunos elementos teóricos desplegados en *Eros y Civilización*, una obra que marca un importante punto de inflexión en el desarrollo de su

¹ Sobre el subjetivismo y el voluntarismo como tendencias propias del pensamiento moderno, véase García Vela (2023b).

teoría crítica de la sociedad. En esta obra, Marcuse (1983) realiza una exploración filosófica de la obra de Sigmund Freud –particularmente de la última tópica freudiana– cuyos elementos teóricos fundamentales permanecerán, aunque históricamente enriquecidos, en sus escritos tardíos. No es posible abordar aquí el argumento de esta obra en su totalidad, pero quisiera señalar algunos elementos teóricos que constituyen el núcleo de la perspectiva marcusiana posterior, especialmente en lo que respecta a su crítica del capitalismo avanzado, y que son formulados allí por vez primera.

En primer lugar, para Marcuse (1983: 31) la dinámica de la civilización se constituye a partir del antagonismo entre Eros y una civilización necesariamente represiva, pues la condición del desarrollo civilizado ha sido, hasta el presente, la represión y sublimación de las pulsiones como fundamento de la persistencia de la sociedad de clases. La historia de la civilización estaría, entonces, marcada por una dinámica de “esclavitud, rebelión y dominación reforzada” (Marcuse, 1983: 31) que se repite en cada individuo y en la totalidad de la historia civilizada de la especie. De hecho, para Marcuse (1983), toda revolución hasta el presente ha sido una revolución traicionada por sus propias fuerzas inmanentes, puesto que “un claro elemento de autoderrota” (93) es común a toda rebelión histórica. Cabe destacar que, posteriormente, Marcuse (1972) señalará que este elemento inmanente de autoderrota de las rebeliones contra la civilización establecida permanecería hasta nuestros días, aunque con características históricamente específicas, en las revueltas del capitalismo desarrollado.

De acuerdo con esta perspectiva, los frenos para la realización de la emancipación humana en contra de una civilización represiva estarían no sólo presentes en la objetividad material e histórica de la sociedad del capital, sino que se reproducen en la psique de los individuos en cuanto autorrepresión de los sujetos reprimidos que sostienen la dominación humana y sus instituciones (Marcuse, 1983: 31). Estas instituciones no son, por lo tanto, naturales, son ante todo instituciones históricamente creadas conforme a los dictados de la dominación social. Se desarrolla así, sobre esta base, un principio de realidad que no responde necesariamente al desarrollo material alcanzado por la civilización –el llamado “principio de actuación” (Marcuse, 1983: 48)–, puesto que, por ejemplo, los sujetos aún deben luchar de la manera más violenta entre sí por la existencia pese a que, en la sociedad capitalista desarrollada, se ha ultrapasado desde hace tiempo la barrera de la abundancia material. La represión, por lo tanto, no es la represión necesaria, básica, para la existencia de la convivencia

civilizada entre los seres humanos, sino que es una represión excedente [*surplus repression*] que responde netamente a las restricciones creadas por la dominación social capitalista y su perpetuación (Marcuse, 1983: 48).

Es importante hacer notar que los conceptos de represión necesaria y represión excedente guardan una importante resonancia crítica con los conceptos marxianos de trabajo necesario y trabajo excedente –o plustrabajo– desarrollados en *El Capital*. Para Marx (2018: 207), el concepto de trabajo necesario se refiere a la fracción de la jornada laboral que corresponde al tiempo necesario para la producción de los medios de subsistencia de la clase asalariada en un momento histórico determinado del desarrollo de las tasas de productividad en la civilización capitalista. Por otro lado, el trabajo excedente o plustrabajo es el tiempo de trabajo adicional de la clase asalariada por sobre el tiempo necesario para su reproducción y que el capital absorbe sin intercambio de equivalente en el proceso de producción objetivándolo en mercancías y que, luego de ser intercambiado por dinero en el proceso de circulación, se convierte en plusvalor. La realización de un tiempo de plustrabajo por sobre el necesario en la producción inmediata de mercancías es, por lo tanto, el fundamento de la valorización del valor y, en consecuencia, de la reproducción ampliada de la producción capitalista. Mientras que para Marcuse (1983), la represión excedente constituye una represión adicional que no tiene su fundamento en la necesidad genuinamente racional de garantizar la existencia de la comunidad social y su reproducción material, sino que responde a la perpetuación de relaciones de producción fundadas en la explotación y el dominio. Por consiguiente, en la civilización capitalista desarrollada hay una relación intrínseca entre plustrabajo y represión excedente como componentes fundamentales de la persistencia de la relación de capital, relación que, de acuerdo con Marcuse (1972: 1) se desarrollará posteriormente hasta el punto de requerir una permanente contrarrevolución preventiva como requisito de la perpetuación de una socialización capitalista que ha desarrollado la base técnico-material para la abolición del trabajo.

En efecto, según Marcuse (1971: 104), cuanto mayor es la discrepancia entre las posibilidades materiales emancipatorias creadas por el desarrollo de la civilización industrial avanzada y su miserable actualidad, tanto mayor es la exigencia de la represión excedente al servicio de la perpetuación de la sociedad establecida. Esto se manifiesta como autorrepresión de los individuos con el fin de adaptarse a las exigencias irracionales del sistema –irracionales porque no tienen sentido desde el punto de vista de la presencia efectiva de condiciones materiales que permiten abolir la

competencia y la lucha por la existencia–, pero también como gestión crecientemente represiva de las personas. El permanente control de los sujetos, que es incluso control mental o manipulación psicosocial, no es necesariamente una política planificada por las clases dominantes –aunque también adopta la forma de guerra psicológica planificada sobre poblaciones–, sino que es una tendencia objetiva necesaria de la sociedad industrial avanzada: “el objetivo general propuesto [de esta represión excedente] es reconciliar al individuo con el tipo de existencia [irracional] que su sociedad le impone” (Marcuse, 1971: 106).

Por otro lado, la desublimación represiva de Eros que tiene lugar en la fase avanzada del capital supone una liberalización efectiva de la moral sexual que ocurre dentro de los marcos de una sociedad represiva, siendo una liberalización de la sexualidad –más específicamente de lo sexual reducido a lo genital– que es funcional a la perpetuación intensificada de la represión (Marcuse, 2001a: 90). Esta desublimación de la sexualidad es represiva porque libera Eros, pero no resulta en satisfacción ni es resultado de la libertad autodeterminada de los individuos, sino que es una descarga energética que permite que el cuerpo siga funcionando como órgano de trabajo en el seno de una sociedad crecientemente abundante. La desublimación represiva está “confinada a la sexualidad como pulsión parcial, satisfecha en zonas locales del organismo”, mientras que la potencial trascendencia erótica, una catexis del entero organismo, permanece “mutilada” (Marcuse, 2001a: 91).

Por otro lado, esta desublimación represiva se encuentra intrínsecamente vinculada al aumento de la violencia exacerbada en la medida en que provoca un cambio en la estructura mental de los sujetos, puesto que se desarrolla un cambio en el balance de fuerzas en la dinámica pulsional en favor de la energía destructiva que socava los fundamentos mismos de la sublimación y, consecuentemente, los fundamentos de la civilización como tal (Marcuse, 2001a: 92). Por lo tanto, la desublimación represiva de Eros está necesariamente acompañada de un aumento de la destrucción y la agresividad en una escala sin precedentes, que implica que ahora en la cima de la administración del sistema se da incluso un cálculo racional de la aniquilación total (Marcuse, 2001a: 91). Se abre, con ello, un nuevo universo de violencia en la historia de la civilización capitalista. El antagonismo entre Eros y la civilización represiva alcanza entonces un punto de inflexión histórica, el cual hoy transitamos, en el que se abre la posibilidad efectiva de la autoaniquilación total como resultado del declive de Eros.

Finalmente, en *Eros y civilización* Herbert Marcuse (1983) establecerá una conexión crucial entre fantasía, memoria y el proyecto de la teoría crítica en cuanto orientación teórico-práctica hacia la transformación social radical. Para Marcuse (1983: 140), la fantasía no es simplemente una evasión imaginaria de la realidad socialmente establecida, sino una capacidad potencialmente subversiva ligada a un contenido cognoscitivo que permite imaginar formas de vida más allá de las restricciones del principio de realidad impuesto por la civilización represiva. En este sentido, la fantasía se configura como una fuerza utópica que desafía la lógica instrumental de la sociedad de clases: “En su negativa a aceptar como finales las limitaciones impuestas sobre la libertad y la felicidad por el principio de la realidad, en su negativa a olvidar lo que puede ser, yace la función crítica de la fantasía” (Marcuse, 1983: 142).

Este potencial subversivo de la fantasía está mediado por la memoria, que Marcuse (1983: 34) describe como una fuerza explosiva capaz de romper el conformismo del presente. La memoria no solo preserva el registro de la miseria y la opresión históricas, sino también el recuerdo de la felicidad y la realización humana no alcanzadas, posibilitando una conciencia crítica que rechaza la resignación al statu quo. En el vínculo entre fantasía y memoria, Marcuse encuentra un fundamento para la teoría crítica: mientras que la fantasía ofrece una visión de lo posible más allá de lo dado, la memoria confronta a los sujetos con las promesas incumplidas de la civilización represiva, exponiendo la brecha entre lo que es y lo que podría ser –esto, como veremos, es fundamental para la dimensión inmanente de la crítica de Marcuse–. La anamnesis de la génesis y la prognosis materialista del futuro están intrínsecamente ligadas en el desarrollo de una crítica radical de la civilización establecida y, consecuentemente, la indagación acerca de los límites y las posibilidades para la transformación social radical deviene una tarea fundamental de la teoría crítica de la sociedad.

En efecto, indagar las limitaciones y las posibilidades para una transformación social radical es una tarea en que se mixtura la anamnesis de la génesis y la prognosis del futuro, porque una teoría crítica debe necesariamente dar cuenta de la constitución histórica del objeto de la crítica –la sociedad del capital– y de su particular dinámica específica como condición de su capacidad para entrever las líneas fundamentales de su desarrollo presente y de los frenos y las posibilidades para la transformación social que se albergan al interior de la objetividad histórica de la sociedad industrial avanzada. De hecho, de acuerdo con Marcuse (2002: xli), la confronta-

ción con la objetividad histórica desde la que emerge la crítica es un problema básico para la teoría crítica de la sociedad. Abordaré a continuación, desde la óptica de Marcuse, esta objetividad histórica del capitalismo avanzado y las posibilidades y limitaciones que emergen con su desarrollo para la emancipación social.

2 POSIBILIDADES Y FRENOS PARA LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL EN EL CAPITALISMO AVANZADO DESDE LA PERSPECTIVA DE MARCUSE

No trataré aquí extensamente el conjunto de la teoría de Marcuse sobre las transformaciones sociales e históricas propias del capital al llegar al estadio de la sociedad industrial avanzada. Me centraré, más precisamente, en su análisis de las limitaciones que esta nueva fase histórica de la moderna sociedad de clases impone a las posibilidades de transformación radical que resultan de su propia dinámica de desarrollo.

La sociedad industrial avanzada es una fase de la civilización capitalista en la que se ha alcanzado el estadio de la abundancia material por medio del desarrollo tecnocientífico aplicado a la producción de mercancías, proceso en el que la conquista científica de la naturaleza coincide con la conquista científica de los seres humanos (Marcuse, 2002: xliv). Sin embargo, la productividad de la sociedad industrial avanzada es simultáneamente destructividad, una “rentable destructividad” que es el testimonio manifiesto de la irracional racionalidad totalitaria de este nuevo estadio histórico de la civilización capitalista² (Marcuse, 2001a: 85). Como el capitán Ahab de *Moby Dick*, que persigue fines demenciales con medios perfectamente racionales, la sociedad industrial avanzada desarrolla, bajo la compulsión de la valorización del valor, enormes fuerzas tecnocientíficas que coexisten con la irracional preservación de la miseria, la pobreza y la destrucción planificada de seres humanos en medio de la abundancia material. Esto quiere decir que, pese al enmascaramiento tecnológico y la aparente igualación de los seres humanos en la esfera del consumo –el presidente del imperio más poderoso del planeta y el más miserable mendigo vivo sobre la tierra beben exactamente la misma Coca-Cola–, esta sociedad sigue siendo una sociedad de clases (Marcuse, 2002: 46).

En una primera aproximación, la sociedad industrial avanzada aparece como una sociedad de masas, pero este concepto resulta en sí mismo ideológico, puesto que presupondría una especie de control de las masas con respecto al proceso material y

² A este respecto, Marcuse anticipa notablemente el concepto de fuerzas “productivas-destructivas” de Robert Kurz (2021: 76).

cultural de la sociedad (Marcuse, 2001a: 83). Nada más lejos de la realidad, la sociedad industrial avanzada es una sociedad altamente centralizada y verticalmente administrada, por lo que las masas, en vez de ser el sujeto del proceso social, son el producto y el objeto de la administración por parte del capital y sus instituciones (Marcuse, 2002: 83). Se realiza, en este sentido, la tendencia ya descrita por la teoría marxiana sobre el desarrollo histórico de la relación de capital y su creciente poder aplastante sobre los sujetos vivientes:

“La producción capitalista no es sólo la reproducción de la relación de capital; es su reproducción en una escala siempre creciente, y en la misma medida en que, con el modo de producción capitalista se desarrolla la fuerza productiva social del trabajo, crece también frente al [trabajo vivo] la riqueza acumulada, como *riqueza que lo domina*, como *capital*, se extiende frente a él el mundo de la riqueza como un mundo ajeno y que lo domina y en la misma proporción se desenvuelve por oposición su pobreza, indigencia y *sujeción subjetiva*. Su *vaciamiento* y esa plétora se corresponden a la par” (Marx, 2009: 103).

La sociedad industrial avanzada se perpetua mediante una administración tendencialmente total de los vivos, por medio de un enorme aparato tecnocientífico en permanente desarrollo ante el cual los individuos son crecientemente impotentes (Marcuse, 2001a: 84). Por otro lado, dado su carácter totalitario e irracional, no sólo debe sostenerse mediante una permanente represión acrecentada sobre los sujetos, sino que la amenaza muy real de catástrofe completa se constituye como una de las condiciones básicas de la perpetuación del capitalismo desarrollado (Marcuse, 2002: xl). Ahora bien, este carácter represivo de la sociedad se caracteriza principalmente, para Marcuse (2001a: 84), por la perpetuación del trabajo y la dominación social en una situación en que podrían ser abolidos.

De acuerdo con Marcuse (2002: xl), la teoría crítica de la sociedad requiere examinar el capitalismo desarrollado desde la perspectiva de sus potencialidades históricamente inmanentes para la transformación radical, indagando las limitaciones que su propia dinámica impone para impedir la realización de tales posibilidades objetivas. Hacia el primer lustro de la década de 1960, Herbert Marcuse (2002) constataba que en la sociedad industrial avanzada convergían simultáneamente dos tendencias contradictorias: “1) [la capacidad] de contener la posibilidad de un cambio cualitativo para un futuro previsible; 2) [la existencia de] fuerzas y tendencias que pueden romper esta contención y hacer estallar la sociedad” (xlv). En este sentido, Marcuse plantea una cuestión que algunas de las nuevas interpretaciones de Marx, como la de

Moishe Postone (et al., 2024: 323), sitúan en el núcleo de la crítica radical: la cuestión de lo actual y de lo posible, de las posibilidades immanentes para la transformación radical de la sociedad y la distancia que existe entre tales posibilidades y la miserable actualidad de la sociedad del capital.

Marcuse anticipa aquí, aunque sobre una base teórica diferente, el análisis de Postone (2015: 22) que señala que la dinámica del capital desarrollado hace cada vez más real la transformación radical posible, pero lo hace desarrollándose de una manera destructiva que al mismo tiempo tiende a clausurar esas posibilidades objetivas de transformación emancipatoria. De hecho, Postone (2006: 485) ya había señalado que la dimensión immanente en la teoría crítica de Marcuse ha sido frecuentemente obviada para exagerar su dimensión romántica, perdiéndose de vista que Marcuse reconoció tempranamente la importancia de textos como los *Grundrisse* para una reactualización de la teoría crítica de la sociedad.

Cabe, por lo tanto, postular una influencia de Marcuse en Postone, influencia que está dada por el momento immanente de la crítica marcusiana que explícitamente señala la necesidad de pensar una teoría crítica de la sociedad capitalista a partir de sus propias posibilidades históricas. Postone (2006) desarrollará esta perspectiva, aunque no sobre la base de un fundamento antropológico, sino sobre la base de una autorreflexión del carácter dual de la sociedad como condición misma de la crítica y de la posibilidad de negación histórica del capital. Sobre esto, Postone (2006: 145) afirmará que Marcuse continuó hasta el final de su camino teórico intentando establecer una posibilidad immanente de emancipación al capital, incluso cuando consideraba el capitalismo avanzado como una totalidad unidimensional. En efecto, la teoría crítica marcusiana quiere evaluar la sociedad industrial avanzada a la luz de sus propias posibilidades históricas, lo que implica un momento de crítica immanente que no puede ser despachado a la ligera:

“La forma establecida de organizar la sociedad se mide confrontándola ante otras formas posibles, formas que se considera podrían ofrecer mejores oportunidades para aliviar la lucha del ser humano por la existencia; una práctica históricamente específica se mide contra sus propias alternativas históricas” (Marcuse, 2002: xl – xli).

Siguiendo esta línea argumental, Marcuse (2001a, 2001b, 2002) –influido por la lectura de los *Grundrisse*– afirmará que el problema básico para la perpetuación de la socialización capitalista en su estadio industrial avanzado es el de conservar la actualidad de la miseria en el interior de la abundancia. En otras palabras, la sociedad

establecida requiere sostener la pervivencia de las relaciones de producción capitalistas y de la dominación de clase en una sociedad cuyo desarrollo tecnocientífico posibilita crecientemente la eliminación del trabajo. De ahí que, según Marcuse (2001a: 83-84), en la sociedad industrial avanzada tenga lugar una “perversión” de la racionalidad tecnológica, que consiste en su uso como un instrumento de represión y dominación social. Represión, aclara Marcuse (2001a: 84), no en el sentido psicoanalítico del término, sino en el sentido de una movilización del aparato tecnocientífico que opera como poder del capital para la represión de las posibilidades disponibles en la materialidad histórica del capital avanzado, o sea, para la perpetuación de la miseria y de la dominación social en una situación en que podrían ser abolidas. Por el contrario, para Marcuse (2001a: 84-85), lo que sería una “auténtica racionalidad tecnológica” se caracterizaría por la “reducción irrestricta del tiempo de trabajo socialmente necesario, de la fatiga y de la represión” y, por consiguiente, de la pacificación de la lucha por la existencia a una escala planetaria.

No obstante, ya Marx (2018: 451) advertía que disminuir la fatiga humana y eliminar el trabajo no es en modo alguno la finalidad de la maquinaria empleada como capital. Para Marcuse, la cuestión esencial sobre la materialidad tecnocientífica del capital radica en la cuestión temporal, específicamente en la tendencial disminución del tiempo de trabajo que esta posibilita y que crea históricamente las condiciones para la abolición del trabajo. Según Marcuse (2001a: 101), en la época de la primera revolución industrial el socialismo estaba definido por el requerimiento de un desarrollo de las fuerzas productivas más amplio y racional, pero en las superdesarrolladas sociedades de la segunda revolución industrial –que en la década de 1960 se encontraban en plena transición hacia la tercera revolución industrial–, el socialismo es redefinido en términos cualitativamente distintos como una inversión en el sentido del progreso, una inversión del desarrollo de las fuerzas productivas en cuanto desenvolvimiento de fuerzas destructivas orientadas al dominio de la humanidad y de la naturaleza. En estas nuevas condiciones históricas, el socialismo estaría definido por las metas de la “...abolición del trabajo y la escasez en una sociedad en la que el tiempo de trabajo es reducido a una temporalidad marginal, [creando una sociedad] en la que el tiempo libre se convierte en la temporalidad plena de la sociedad” (Marcuse, 2001a: 85).

Sin embargo, la realización efectiva de esta posibilidad inmanente de la sociedad capitalista desarrollada significaría el colapso de todas las instituciones que se basan en la persistencia de la relación de capital y de la lucha por la existencia mediada

por las formas del valor. En otras palabras, la realización de tal posibilidad sería el “colapso de la civilización establecida” (Marcuse, 2001a: 85) y, consecuentemente, de la sociedad de clases. Dada esta determinación, la sociedad industrial avanzada debe movilizarse contra esta posibilidad, desarrollando nuevas formas de dominación social, administrando las necesidades y su satisfacción de una manera tal que reproduce la lucha por la existencia sobre una base material de creciente abundancia (Marcuse, 2001a: 85).

Con el desarrollo del estadio avanzado de la civilización capitalista, se ha producido no sólo una permanente movilización de la totalidad social contra las posibilidades emancipatorias de su desarrollo histórico-material, sino también una integración represiva de los sujetos y, en específico, de la clase que en un momento dado del desarrollo histórico del capital encarnaba su potencial negación: el proletariado (Marcuse, 1972: 6). Para Marcuse (1994: 257), la existencia del proletariado es la prueba de la persistencia de la miseria en el seno de la abundancia y, por lo tanto, la evidencia irrevocable de que el mundo sigue siendo fundamentalmente irracional. La persistencia histórica del proletariado hasta el presente “ofrece un vivo testimonio del hecho de que la verdad no ha sido aún realizada. La historia y la realidad social mismas niegan así la filosofía” (Marcuse, 1994: 257 - 258). Por consiguiente, la transformación social radical está necesariamente ligada a la supresión del proletariado como expresión viva de la perpetuación de la sociedad de clases³.

La integración del proletariado en el capitalismo avanzado significa un bloqueo a las fuerzas potencialmente emancipatorias, sosteniendo la persistencia de la relación de capital. Ahora bien, esta integración ocurre en diferentes niveles. Por un lado, existe una transformación estructural del proletariado que responde a una nueva configuración de la relación de capital. La consciencia reformista o conformista del proletariado en el capitalismo avanzado se corresponde con los cambios en la propia composición de la clase en una época marcada por las tendencias dominantes del capital monopolista, que constituye un proceso social crecientemente al servicio de la producción y el intercambio de mercancías (Marcuse, 1972: 8). Por otro lado, en esta nueva fase histórica de la relación de capital, el individuo es reducido a mero fragmento de una masa coordinada de la población –el proletariado– que, separada de los medios de producción, crea la masa global de plusvalor que sostiene la continuidad del sistema (Marcuse, 1972: 11-12).

³ Esta es otra resonancia crítica de Marcuse con Postone, (et al., 2024: 321), quien por su parte aboga por que la autoabolición del proletariado es la condición básica de una transformación social radical.

Para justificar esta perspectiva, Marcuse (1972: 11) recurre a la crítica de la economía política marxiana, señalando que en el capital desarrollado la fuerza de trabajo socialmente combinada deviene el agente real del proceso de producción. Los individuos y sus capacidades son subsumidos en la actividad social combinada y explotada por el capital, esta transformación objetiva altera el entero universo del capital, que se constituye como una fuerza social concentrada y centralizada crecientemente autonomizada con respecto a los individuos atomizados, administrados desde arriba y sometidos a un estado de impotencia con respecto al poder efectivo del sistema (Marcuse, 1972: 11). Dadas estas nuevas condiciones históricas, la sociedad del capital ha logrado integrar a los individuos “en un grado tal que ningún escape parece ser posible” (Marcuse, 2001a: 85).

Por consiguiente, la teoría marcusiana del carácter unidimensional del capitalismo avanzado resulta de una particular lectura crítica de la obra de Marx y del marxismo de su época. En este sentido, aunque se suele recalcar la importancia de los *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844* de Marx en la obra de Marcuse, lo cierto es que su perspectiva del capitalismo avanzado como sociedad unidimensional es justificada a partir de una determinada lectura de la crítica de la economía política marxiana. Esta es una lectura que, si bien no confronta críticamente conceptos como “trabajo alienado” –de raigambre antropológica–, quiere entender la “parálisis de la crítica” (Marcuse, 2002: xil) a partir de una comprensión materialista de la propia relación de capital tal y como existe en la sociedad industrial avanzada. Este es un momento de crítica inmanente del capital en Marcuse, puesto que, aunque no abandona su perspectiva fundamentalmente antropológica, está tratando de entender los límites y las posibilidades para la transformación social en términos de la propia configuración específica de la relación de capital en un determinado estadio de su desarrollo histórico.

En línea con esta perspectiva, Marcuse (2001a) intentará demostrar, con argumentos fundados en una lectura propia de Marx, cómo “la sociedad [capitalista] ha alcanzado un estadio en que su alta productividad socava su propia base” (88). Es decir, intenta justificar en términos de la propia dinámica del capital las tendencias que podrían romper con el carácter unidimensional de la sociedad. Con ello Marcuse anticipa un tópico importante de algunas reinterpretaciones recientes de la obra de Marx, como las que llevan a cabo Postone y Kurz, que ponen en el centro de su análisis de la crisis de la civilización capitalista el anacronismo del valor –en el caso de Postone (2006)– o la desustancialización del capital –en el caso de Kurz (2021)–.

En efecto, ambos análisis, aunque diferentes, están en última instancia ligados a una determinada comprensión de la tendencia intrínseca del capital a socavar su propia relación social básica, el valor, mediante del desarrollo de tasas crecientes de productividad. De la misma manera, Marcuse intentó fundamentar su perspectiva en la crítica de la economía política, puesto que en *El hombre unidimensional* o en *Contrarrevolución y revuelta* el recurso a los *Grundrisse* o a *El Capital* de Marx, aunque acotado, es fundamental para justificar su perspectiva sobre la potencial abolición del trabajo y el quiebre de la unidimensionalidad propia de la sociedad capitalista avanzada.

Siguiendo esta línea argumental, Marcuse (2001b: 103) señala que “la fuerza y eficiencia de este orden pueden convertirse en factores de desintegración” de la sociedad establecida, puesto que el permanente desarrollo tecnocientífico del capital es “incompatible con la perpetuación del trabajo como sostén del sistema”. Para quienes estén acostumbrados a sobredimensionar la dimensión idealista de Marcuse, será una sorpresa ver que su argumento sobre la incompatibilidad entre el desarrollo tecnocientífico capitalista orientado hacia la automatización y la pervivencia del trabajo se fundamenta en la crítica de la economía política:

“...el valor del producto social está en un grado crecientemente disminuido determinado por el tiempo de trabajo necesario para su producción. [Consecuentemente], la real necesidad social de trabajo productivo declina (...). Una cantidad cada vez mayor del trabajo realmente realizado se convierte en superflua, prescindible, sin sentido” (Marcuse, 2001b: 103).

Esta distinción entre trabajo productivo e improductivo, o sea entre trabajo productor de plusvalor y trabajo que es necesario para realización del plusvalor pero que, en sí mismo, no lo produce, la ha tomado Marcuse de la crítica de la economía política de Marx. De hecho, Marcuse (2001b: 104) llega a justificar en el análisis marxiano que la producción capitalista posee un límite que será alcanzado cuando “el plusvalor creado por el trabajo productivo no sea suficiente para sostener el trabajo no productivo”. En consecuencia, “una progresiva reducción del trabajo [productivo] parece ser inevitable” (Marcuse, 2001b: 104) y, con ella, un creciente socavamiento de la condición misma de perpetuación del sistema.

Ahora bien, pese a este momento de crítica inmanente en su teoría, Marcuse (2002: 66) no verá otra posibilidad para la transformación social radical que un “gran rechazo” de la sociedad establecida que se desarrolla como “protesta contra aquello que es”. En última instancia, dado los bloqueos objetivos a la transformación

radical que impone el capitalismo avanzado, la negación del orden existente sólo podrá desarrollarse como tal en la medida en que rompa la dominación social, “incluida su esfera instintiva, incluido su inconsciente” (Marcuse, 2001a: 88) que contiene, mediante el condicionamiento científico de las necesidades vitales, el gran rechazo contra el sistema. El problema de esta perspectiva es que, ante una sociedad concebida como fundamentalmente unidimensional, en la que la identidad entre el sistema y los sujetos es crecientemente realizada, el único escape se encontraría en una revuelta abstracta de la humanidad, anclada en necesidades vitales profundas, contra el sistema totalitario de la mercancía. Marcuse es, en este sentido, víctima de la parálisis de la crítica que denuncia. Puesto que no hay ninguna identificación entre la teoría crítica y un movimiento organizado de masas capaz de revertir el curso destructivo de la historia del capital, la única esperanza de una transformación social radical recaería en la revuelta de las necesidades vitales –en última instancia del Eros– y en el desarrollo de una crítica intelectual que sea capaz de dar voz a esa revuelta (Marcuse, 2001a: 93).

Este impasse de la teoría crítica de Marcuse es un impasse que plantea la propia dinámica intrínseca del capital desarrollado, es una aporía históricamente determinada. En la medida en el propio movimiento del capital desarrollado aparece como fundamentalmente unidimensional, y el proletariado es real y crecientemente integrado, Marcuse (1969, 2001a, 2001b, 2002) –preso de la apariencia necesaria de unidimensionalidad del sistema– escapa teóricamente hacia la revuelta biológica ante su imposibilidad para fundamentar coherentemente en las propias contradicciones del sistema la posibilidad de su negación histórica. Este impasse de la teoría crítica Marcusiana se manifiesta en su análisis sobre los límites y potencialidades para la emancipación radical que emergen con la revuelta social en una fase ulterior del capitalismo avanzado, análisis que abordaré a continuación.

3 LA NUEVA CUALIDAD DE LA REVUELTA SOCIAL EN EL CAPITALISMO AVANZADO Y LOS LÍMITES DEL “GRAN RECHAZO”

A principios de la última década de su vida, Marcuse (1972: 1) señalará que en las naciones industrialmente avanzadas de Occidente se está alcanzando un nuevo estadio de desarrollo del capitalismo avanzado que ahora requiere la permanente organización de la contrarrevolución en los epicentros mundiales de la valorización del valor y en las periferias del sistema. La sociedad industrial avanzada requiere, ahora,

de una contrarrevolución preventiva sempiterna contra las posibilidades subversivas que se desarrollan sobre la base de su dinámica intrínseca. Como hemos visto, para Marcuse (1972: 3-7), la creciente automatización de la producción crea la posibilidad de eliminar el trabajo, pero, dado que el capital se sostiene en la explotación productiva de la fuerza de trabajo, su abolición significaría el fin del sistema. El capital deberá movilizarse permanentemente en contra de esta posibilidad, por lo que la reorganización neoimperialista del capital mundial no es sólo una reestructuración de la relación de capital en términos de una creciente debilidad e integración de una clase trabajadora y un subproletariado sometido, integrado y brutalmente reprimido ante sus protestas, sino que también es la organización de una contrarrevolución preventiva permanente que asegura la persistencia del capital (Marcuse, 1972: 38).

En este nuevo contexto histórico, que implica una fase ulterior de desarrollo de la sociedad industrial avanzada –de su transición hacia la tercera revolución industrial o, también, hacia el capitalismo tardío–, la violencia organizada del Estado y de las empresas criminales del capital alcanza nuevas cuotas de exacerbación. Marcuse (1972: 34) hace notar que ya en el Estados Unidos de Nixon el equipamiento básico de cualquier policía se parece al de las SS y que su brutalidad es reconocida. De la misma manera, en Indochina, en África y en América Latina la tortura y otros procedimientos forman parte cotidiana de las labores de contrainsurgencia, mientras que el apoyo al establecimiento de regímenes de terror y de masacres anticomunistas se convierte en un elemento necesario para la mantención del sistema establecido (Marcuse, 1972: 1)⁴. Como sabemos, a posteriori, en las condiciones del llamado capitalismo tardío y su crisis social y ecológica de carácter sistémico, esa violencia se ha generalizado en todas las dimensiones del desarrollo de la sociedad capitalista, convirtiéndose en guerra civil global y conflicto neoimperialista mundial que amenaza con la autoaniquilación completa a la humanidad –bajo la forma del terror atómico– o con el hundimiento en un nuevo género de barbarie como resultado de la descomposición del sistema –Marcuse (1972: 56) llega incluso a considerar esta última posibilidad–.

⁴ En tal sentido, el análisis de Marcuse (1972) sobre la contrarrevolución preventiva permanente como condición de una fase posterior de desarrollo del capitalismo avanzado constituye un poderoso insumo que influirá de manera importante en la caracterización e interpretación de lo que Toscano (2025) denomina como “fascismo tardío”. De hecho, este último autor cita extensamente a Marcuse en su libro dedicado al asunto, rastreando su influencia en Angela Davis y otras/os radicales en Estados Unidos que, apoyándose en sus análisis, realizarán una crítica social radical de la violencia brutal, especialmente racial, sobre la que se constituye el desarrollo histórico de Estados Unidos hasta el presente.

Dadas estas nuevas condiciones propias de una fase ulterior del estadio avanzado del capitalismo, emerge una nueva cualidad de la revuelta y la negación social que surge del contraste entre la abundancia mercantil y la miseria cotidiana, material y existencial, de las clases oprimidas. Se trata de una nueva forma de miseria y alienación que ya no es la del proletariado descalzo y andrajoso de principios del s. XIX o de los *communards* de la Comuna de París, tampoco es la misma contra la que se alzó el proletariado internacional en el periodo de entreguerras, sino que es un levantamiento que emerge de las condiciones propias de la sociedad industrial avanzada y la gestión totalitaria de la humanidad por el capital. En efecto, en la década de 1960 la revuelta del proletariado negro y de los estudiantes en Estados Unidos, el movimiento mundial contra la guerra y las revueltas en Francia e Italia, marcarían para Marcuse (1969; 1972; 2002) la emergencia de una nueva cualidad de revuelta social distinta de la revuelta propia del movimiento obrero tradicional, una revuelta en la que se reúnen potencialmente la rebelión instintiva con la rebelión política anticapitalista y que es posibilitada por las propias condiciones de la sociedad industrial avanzada.

Marcuse, que tiene una especial preocupación por el desarrollo potencial de una perspectiva emancipatoria –y de sus límites– en las luchas sociales de su época, entiende la permanente contrarrevolución preventiva que se desarrolla a partir de la década de 1970 no sólo como una respuesta de determinados sectores de las clases dominantes en el poder del Estado, sino como una contrarrevolución que se desarrolla al nivel mismo de la relación de capital. A este respecto, señala la importancia del abrumador crecimiento de la pobreza en medio de la prosperidad del capitalismo norteamericano, del fortalecimiento permanente de la brutalidad policial y de la precariedad del acceso al trabajo como procesos anclados en el naciente nuevo estadio histórico de la sociedad industrial avanzada (Marcuse, 1972: 20). La integración del proletariado, que era la garantía de la perpetuación sin trabas de la relación de capital en la anterior fase del capitalismo avanzado, ahora es amenazada por procesos de desintegración que resultan de la nueva configuración de la relación de capital en la que el trabajo productor de plusvalor es crecientemente expulsado del proceso de producción. En esta situación, la revuelta y la consciencia política se concentra en las minorías no integradas (Marcuse, 1972: 8), contra las cuales el sistema deberá desarrollar diversos mecanismos de sometimiento, reintegración y exclusión represivamente administrada.

A este respecto, no sería descabellado adjudicar a Marcuse el mérito de prever tempranamente algunas de las condiciones del capitalismo tardío y su crisis, espe-

cialmente en lo que atañe al carácter contrarrevolucionario –en el sentido antes señalado– de aspectos fundamentales de la configuración propia de esta nueva fase del capitalismo desarrollado. En esta nueva fase, la producción de poblaciones sobrantes para el capital –que serán una preocupación fundamental para Postone (2015) y Robert Kurz (2021)– deberá ser administrada mediante una gestión represiva de la relación de capital, que no sólo incluye dosis crecientes de brutalidad estatal, sino también una movilización de la totalidad social contra las posibilidades que abre la abundancia material alcanzada por la civilización del capital y que la nueva revuelta pone de manifiesto.

Ciertamente, la nueva revuelta social de la transición al capitalismo tardío no puede dejar de poner de manifiesto que “todas las cosas necesarias para la satisfacción de las necesidades materiales para todos podrían ser producidas con un mínimo de trabajo alienado” (Marcuse, 1972: 20). No quisiera detenerme en el importante detalle del concepto de trabajo alienado en Marcuse –que no es el mismo del Marx de 1844, ni tampoco del Marcuse (2015) temprano que descubría los *Manuscritos*–, porque esto exigiría una investigación aparte que señalara la transformación del concepto, que sigue siendo antropológico, a la luz de su lectura de textos como los *Grundrisse*, que fueron fundamentales para formular su teoría de la sociedad unidimensional. Sin embargo, me parece importante de destacar que Marcuse, nuevamente desde la perspectiva del contraste entre las posibilidades de la sociedad industrial avanzada y su miserable actualidad, señale correctamente que la nueva revuelta social expresa la potencialidad real de una interdependencia socialmente emancipada en la que el tiempo libre para cada individuo y el conjunto de la sociedad es la medida de la emancipación real –lo que constituye un eco innegable de una lectura de Marx (2016: 229)–.

En consecuencia, la teoría crítica marcusiana expresa necesariamente tanto las potencialidades de su periodo como los impasses de la transformación radical en el capitalismo desarrollado, una teoría que, pese a su marco fundamentalmente antropológico, se comprende reflexivamente a sí misma como una respuesta a la petrificación de la teoría de Marx y como parte de un reexamen aún más radical que “sólo está empezando” y que se funda en el análisis de las transformaciones objetivas del capitalismo y de la nueva base potencial para la transformación social radical (Marcuse, 1972: 34). La función de la teoría crítica sería, en este nuevo marco sociohistórico, la elaboración y adaptación de una estrategia radical a las nuevas condiciones objetivas de la sociedad del capital, función que tiene como tarea central “definir y

distinguir la situación imperante y su potencial” (Marcuse, 1972: 34). Esto implica necesariamente, como ya había señalado anteriormente Marcuse (2002), una confrontación crítica con la objetividad histórica de la sociedad del capital, pero también con las luchas sociales que emergen desde y en contradicción con esa totalidad social.

Sobre este último punto, Marcuse (1972: 46) hará una importante crítica a las perspectivas básicas que estaban en el núcleo del levantamiento social en Estados Unidos, particularmente de la perspectiva del poder al pueblo [*power to the people*]. De acuerdo con Marcuse (1972), ese slogan expresa la no-identidad entre el “pueblo” y las instituciones estatales del capital, el hecho de que “la mayoría de las personas, son *de facto* algo *distinto de* y *aparte de* su gobierno, que el autogobierno del pueblo es algo por lo cual todavía hay que luchar” (46). Por otro lado, señala el hecho de que las personas que tengan la potencia necesaria para emanciparse a sí mismas de la dominación social capitalista “ya no serán las mismas personas, los mismos seres humanos, que hoy reproducen el *statu quo*, incluso aunque sigan siendo los mismos individuos” (Marcuse, 1972: 46). Este es el impasse de la emancipación social en el capitalismo desarrollado –y también el impasse de la propia teoría crítica de Marcuse–, porque esa liberación con respecto al capital presupondría un cambio de consciencia de unos sujetos cuya consciencia está determinada por la objetividad social. Por consiguiente, la emancipación no podría ser espontánea, porque lo espontáneo son los sujetos tal y como están determinados por la objetividad histórica del capital. Marcuse (1972: 47) resuelve este problema proclamando la necesidad de una capa intelectual que ejerce una función de liderazgo en un proceso de autoeducación colectiva que tendría como tarea traducir la revuelta espontánea en acción radical organizada. Esto es, precisamente, lo que Marcuse (1972) entenderá como la dialéctica de la transformación social radical en el nuevo estadio histórico del capital:

“Es verdad, ningún cambio cualitativo, ningún socialismo, es posible sin la emergencia de una nueva racionalidad y *sensibilidad* en los individuos mismos: ningún cambio social radical sin un cambio radical de los agentes individuales del cambio. [No hay] ninguna revolución sin liberación individual, pero tampoco ninguna liberación individual sin liberación de la sociedad. *Dialéctica de la liberación*: de la misma manera en que no puede haber traducción inmediata de la teoría a la práctica, tampoco puede haber ninguna traducción inmediata de las necesidades y deseos individuales en metas y acciones políticas” (48).

Ahora bien, esta dialéctica no es un invento de la mente de Marcuse, sino que es el impasse real de la transformación radical en un determinado estadio histórico del capital. Se trata de una “ambivalencia objetiva” de la sociedad (Marcuse, 1972: 49), cuya misma constitución redefine el concepto de la emancipación social. La transformación radical es “la más realista, la más concreta de todas las posibilidades” y, simultáneamente, “la posibilidad más efectiva y racionalmente reprimida –y, por lo tanto, la posibilidad más abstracta y la más remota” (Marcuse, 2001b: 99). De ahí que, como hemos visto, Marcuse termine por resolver este impasse por la vía de una abstracta revuelta completa de Eros contra la civilización establecida, porque ante las clausuras que impone el capitalismo desarrollado no queda más que la rebelión de las necesidades insatisfechas y reprimidas.

No obstante, en la propia teoría crítica de Marcuse existen elementos que permiten la posibilidad de desarrollar una crítica inmanente que sea capaz de autorreflexionar sobre las condiciones que permitirían al pensamiento conectar con el movimiento real. Empero, esto implicaría necesariamente que la anamnesis de la génesis –fundamental para Marcuse (1972: 56)– y la prognosis materialista del futuro, ambas ancladas en un conocimiento crítico de la objetividad histórica del capital, abandonen cualquier perspectiva antropológica y se desarrollen en el sentido de una crítica inmanente.

4 CRÍTICA INMANENTE: MÁS ALLÁ DE LA UNIDIMENSIONALIDAD

A contrapelo de la tendencia a exagerar el momento romántico de la obra de Marcuse, el desarrollo anterior demuestra que en su teoría hay un momento efectivo de crítica inmanente del capital, dimensión que se desarrolla a partir del contraste entre las potencialidades que podrían trascender al sistema y las fuerzas represivas propias de esta constitución social que permiten su persistencia histórica. Desde esa perspectiva, el concepto unidimensional de la sociedad industrial avanzada de Marcuse no puede solamente imputarse a una perspectiva antropológica que ha cerrado todo posible antagonismo, declarando que estamos ante un sistema que ha logrado domesticar al ser humano en lo más hondo de su constitución libidinal y social. Por el contrario, es el propio sistema del capital el que realmente tiende a producir una identidad creciente entre los sujetos y sus formas históricamente específicas de existencia y dominación social. Empero, el momento de crítica inmanente en Marcuse persiste: es cierto, la humanidad es crecientemente domesticada y administrada por

el capital, pero la posibilidad de la transformación social radical permanece anclada en la objetividad del sistema que tiende hacia desarrollar potencialmente la abolición del trabajo.

Marcuse (1972: 56) pensó en la posibilidad del colapso del capitalismo como resultado de su tendencia a la eliminación del trabajo productor de plusvalor del proceso de producción de mercancías. Empero, lo hizo considerando que dicha posibilidad no llevaría necesariamente a un proceso emancipatorio, sino a una nueva clase de totalitarismo que resulta de las condiciones históricas creadas por una ulterior fase de desarrollo del capitalismo avanzado. Esta consideración bastaría para refutar cualquier perspectiva de ingenuidad romántica en Marcuse con respecto a las posibilidades de la automatización, e incluso constituye un anticipo de la perspectiva de Kurz (2021) sobre el colapso del capital en la barbarie autoaniquiladora como resultado de su tendencia hacia la desustancialización de su propia relación social fundamental. Evidentemente, Marcuse parte de otro marco teórico, pero ya señala tempranamente la posibilidad de un colapso no emancipatorio del capital fundado en su tendencia hacia el agotamiento de la masa global de plusvalor.

Por consiguiente, la unidimensionalidad de la sociedad en Marcuse no es pura ideología que resulta de la aprehensión distorsionada de la dinámica del capital, sino que constituye una aprehensión históricamente determinada de la lógica de la identidad propia del capitalismo. Marcuse expresa, en tal sentido, los impasses, límites y las posibilidades reales de transformación radical de la sociedad en un determinado momento del desarrollo histórico del capital. En consecuencia, una teoría crítica reactualizada requiere desarrollar el momento efectivo de crítica inmanente en Marcuse que evalúa la sociedad del capital y su camino hacia la catástrofe a la luz de sus potencialidades objetivas. Ahora bien, esta anamnesis de la génesis de la objetividad histórica que postula Marcuse (1972: 56) como momento fundamental del pensamiento crítico, implica un diálogo necesario con la crítica marxiana de la economía política –diálogo que Marcuse desarrolló dentro de los límites de su particular perspectiva–. Esto señala que un análisis actual sobre los límites y posibilidades para la transformación radical en el capitalismo en crisis del s. XXI requiere, obligadamente, desarrollar una crítica reactualizada de la economía política como condición básica del despliegue de una crítica social radical adecuada al presente estadio histórico del capital.

Por otro lado, hay un contenido de verdad fundamental en la perspectiva de Marcuse sobre la transformación radical, puesto que efectivamente un movimiento

práctico orientado hacia la subversión emancipatoria de la sociedad establecida no puede pensarse como ausente de consciencia. El problema de la perspectiva de Marcuse con respecto a la dialéctica de la negación determinada del capital, es que termina por plantear la emancipación como un proceso en el que la consciencia antecede al movimiento práctico emancipatorio y lo posibilita. Esta perspectiva de Marcuse, que como he señalado es su impasse históricamente determinado, termina por plantear que debemos ser libres para la liberación, que la consciencia antecederá al movimiento práctico de la emancipación. La consecuencia necesaria de esta perspectiva es el voluntarismo político y el vanguardismo intelectual, puesto que se presupone que la toma de consciencia radical allanará el camino hacia la emancipación. Pensar, hoy, una teoría crítica reactualizada en el contexto de la crisis socio-ecológica de la civilización capitalista supone necesariamente criticar esta tendencia subjetivista propia del pensamiento moderno, pero hacerlo requiere desarrollar una crítica materialista en clave no identitaria, como ha señalado García Vela (2023b).

Ahora bien, este voluntarismo no es patrimonio ni consecuencia exclusiva del enfoque eminentemente antropológico del antagonismo social en Marcuse, sino que es más bien un escollo que enfrenta cualquier tentativa de crítica inmanente de la sociedad en las condiciones históricas de un capitalismo que genera una apariencia necesaria de unidimensionalidad. Tal es el caso de, por ejemplo, Rober Kurz (2021), quien desde una perspectiva complementemente diferente a la de Marcuse sostuvo en una época más reciente la completa identidad entre las luchas históricas del proletariado y el capital. Es decir, una identidad entre los sujetos y la forma valor de las relaciones sociales, lo que le llevó a asumir, desde otra vereda del pensamiento marxiano, una aprehensión unidimensional de la sociedad del capital y su crisis como camino ciego hacia el colapso que sólo podría ser detenido por una toma de consciencia mediada por la crítica radical. En este sentido, el carácter abstracto del gran rechazo en Marcuse –que como bien señalaron Schabel (2023) y García Vela (2023a) repercutió en el Marxismo Abierto de John Holloway– es la otra cara de la moneda de la abstracta e imposible toma de consciencia como único remedio posible al colapso en Kurz (2021). La consecuencia inevitable de cualquier tentativa de la teoría crítica de la sociedad que caiga en la trampa de la apariencia necesaria de unidimensionalidad de la sociedad capitalista desarrollada, es constituirse en una mitología de la identidad que desembocará necesariamente en el voluntarismo político. Por el contrario, como señaló García Vela (2023b: 104), una teoría crítica de la sociedad debe persistir en

lo no-idéntico y fundamentar las posibilidades de la transformación social radical en las contradicciones intrínsecas del capital y de sus formas sociales fundamentales.

Esto implicaría, precisamente, la necesidad de desarrollar como crítica inmanente la perspectiva marcusiana de un análisis de los límites y las posibilidades para la transformación radical, confrontando la objetividad histórica del capitalismo actual como tarea imprescindible de la teoría crítica de la sociedad. En este sentido, Marcuse también ha desarrollado un contenido de verdad fundamental que consiste en la necesidad de un análisis del momento subjetivo de la objetividad, de la mediación subjetiva de la objetividad social como una de las bases potenciales de una transformación radical de la sociedad. Marcuse reconoce en la objetividad social la mediación de los sujetos que colaboran con su propia dominación, de esos sujetos vivos que son objeto de necesidades y, por tanto, objetos de administración represiva por el sistema. Una teoría crítica de la sociedad reactualizada requiere desarrollar esta perspectiva sobre la base de una crítica inmanente del capital que reconozca esa mediación subjetiva de la objetividad en el marco de un proceso más amplio de “transformación y reconstitución” (Postone, 2006: 389-397) del capital que comporta la administración represiva de los sujetos. Esto, a su vez, ampliaría el concepto de Postone, pero también requeriría un análisis más profundo del proceso psicosocial de la dominación tal y como ocurre en el capitalismo contemporáneo en crisis. En efecto, los sujetos de la crisis del capitalismo tardío, no son los mismos que los sujetos en las décadas de 1960 o de 1970, por lo que no puede trasladarse mecánicamente el análisis de Marcuse al presente, lo que no implica dejar de reconocer la importancia de, por ejemplo, entender la relación entre plustrabajo y represión excedente en la actualidad, o la necesidad de comprender la economía libidinal de la dominación tal como opera en la crisis capitalista y su relación con la proliferación global de la violencia.

La más honda aspiración de la teoría crítica de Marcuse era que el estado más avanzado del conocimiento social, o sea, la teoría crítica de la sociedad, se uniera a los potenciales prácticos de transformación social radical. Condición potencial de esta unión en la diferencia sería hoy el desarrollo de una crítica inmanente que sitúa las posibilidades de transformación radical en las propias contradicciones del capital y que se entiende reflexivamente como posibilitada por esas contradicciones –tal como ha insistido Postone (2006)–, pero que expresa esa posibilidad en términos no-identitarios –como señala García Vela (2023b: 104)–. Esta reorientación requiere avanzar hacia una teoría crítica de la sociedad reactualizada que no solo analice los

bloqueos para la transformación social radical en el presente de crisis catastrófica del sistema, sino que también ilumine las posibilidades objetivas, si las hay, de emancipación social en el siglo XXI. Como sea, si existen esas posibilidades no se podrán realizar sin cumplir el anhelo de Marcuse, aunque de una manera distinta a su abstracto concepto del gran rechazo, de la unión en la diferencia entre el estado más desarrollado de la autorreflexión crítica y una fuerza social e histórica conscientemente orientada a subvertir el rumbo catastrófico de la sociedad de clases capitalista.

REFERENCIAS

- GARCIA VELA, Alfonso (2023a). Holloway y Marcuse: los fundamentos de la subjetividad antagonica. En *Revolución, crítica y emancipación. Debates sobre el pensamiento político de John Holloway*. Puebla: BUAP / ICSyH, pp. 131 - 150.
- GARCIA VELA, Alfonso (2023b). Objetividad y Teoría Crítica. Debatiendo el Marxismo Abierto. En: *Marxismo Abierto. Contra un mundo que se cierra*. Buenos Aires / Puebla: Herramienta / BUAP, pp. 87 - 106.
- JAPPE, Anselm (2013). ¿Libres para la liberación? En *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*. No. 5., pp. 394 – 403.
- KURZ, Robert (2021). *La sustancia del capital*. Madrid: Enclave.
- MARCUSE, Herbert (1969). *Un ensayo sobre la liberación*. México D. F: Cuadernos de Joaquín Mortiz.
- MARCUSE, Herbert (1971). *La agresividad en la sociedad industrial avanzada*. Madrid: Alianza.
- MARCUSE, Herbert (1972). *Counter-revolution and Revolt*. United States of America: Beacon Press.
- MARCUSE, Herbert (1973). The Foundation Historical Materialism [1932]. En *Studies in Critical Philosophy*. United States of America: Beacon Press, pp. 1 – 47.
- MARCUSE, Herbert (1983). *Eros y Civilización*. Madrid: Sarpe.
- MARCUSE, Herbert (1994). *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*. Madrid: Alianza.
- MARCUSE, Herbert (2001a). The containment of social change in industrial society. En *Towards a Critical Theory of Society*. London/New York: Routledge, pp. 83 – 93.
- MARCUSE, Herbert (2001b). Political preface to *Eros and Civilization* (1966). En *Towards a Critical Theory of Society*. London/New York: Routledge, pp. 95 – 105.
- MARCUSE, Herbert (2002). *One-Dimensional man. Studies in the ideology of advanced industrial society*. New York: Routledge Classics.
- MARCUSE, Herbert (2015). Nuevas fuentes para el materialismo histórico. En *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Colihue.
- MARX, K. (2009). *El Capital Libro I Capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*. Ciudad de México: Siglo XXI.

- MARX, K. (2016). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857 - 1858 (2)*. México: Siglo XXI.
- MARX, K. (2018). *El Capital. Tomo I. Vol. 1. Crítica de la economía política. Libro primero: el proceso de producción de capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- POSTONE, M. (2006). *Tiempo trabajo y dominación social: una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons.
- POSTONE, M. (2015). The Task of Critical Theory Today: Rethinking the Critique of Capitalism and its Futures. En *Globalization, Critique and Social Theory: Diagnoses and Challenges*. Published online: 09 Nov 2015; pp. 3-28. Enlace permanente a este documento:
<http://dx.doi.org/10.1108/S0278-120420150000033001>
- POSTONE, M., RUDA & F., HAMZA, A. (2024). Entrevista con Moishe Postone: que el capital tenga límites no quiere decir que vaya a colapsar. *Bajo El Volcán. Revista del Posgrado de Sociología. BUAP*, 5(10), pp. 317–341.
 Enlace permanente a este documento:
<https://doi.org/10.32399/ICSYH.bvbuap.2954-4300.2024.5.10.753>
- SCHABEL, M. (2023) ¿Es el Marxismo Abierto descendiente de la Escuela de Frankfurt? La crítica subversiva como método. En: *Marxismo Abierto. Contra un mundo que se cierra*. Buenos Aires / Puebla: Herramienta / BUAP, pp. 125-144.
- TOSCANO, A. (2025) Fascismo tardío. Raza, capitalismo y las políticas de la crisis. Madrid: Akal.